

Para ser humanos necesitamos ser libres¹

AQUILES MONTOYA

Revista Realidad 131, 2012

RESUMEN: El ser humano es el único ser vivo que por su naturaleza puede ser libre. El trabajo es una necesidad interna al ser humano y es que el trabajo como actividad libre y consciente, es una forma de realización humana. En el capitalismo, no sólo estamos acabando con la naturaleza, sino que impedimos la plena realización humana. Nos hemos transformado en depredadores de toda forma de vida. Si no transformamos esta forma histórica de sociedad, corremos el peligro de no tener historia, porque ya no habría seres humanos.



ABSTRACT: The human being is naturally free. Work is an inner need to human being, for work as a free and conscious activity is a way to human realization.

Under Capitalism, we are not only annihilating the nature but we also prevent the realization of humankind. We have become into predators of all sort of life. If we do not transform this historic form of society, we would be under the risk of not having history, for there would not be human beings.



Introducción

El ser humano es el único ser vivo que por su naturaleza puede ser libre, la libertad es parte de su esencialidad, como la sociabilidad y el trabajo, mediante el cual transforma a la naturaleza y se transforma a si mismo. El trabajo es una necesidad interna al ser humano y es que el trabajo como actividad libre y consciente, es una forma de realización humana.

Desafortunadamente en el capitalismo, no sólo estamos acabando

con la naturaleza, sino que impedimos la plena realización humana. En vez de ser seres creadores, conscientes y libres, nos hemos transformado en depredadores de toda forma de vida, por tal razón es que se ha afirmado que con el capitalismo acaba la prehistoria humana; sin embargo, si no transformamos esta forma histórica de sociedad, corremos el peligro de no tener historia, porque ya no habría seres humanos. Así de grave es la realidad de nuestro tiempo.

I. Los mitos de la libertad en el capitalismo

Ciertamente en materia de libertad, el capitalismo representa un avance en relación al feudalismo y al esclavismo. Pero de ello no se sigue, como se suele sostener, que vivimos en plena libertad. La libertad plena supone la plena realización de la condición humana y para conseguirlo falta mucho camino por recorrer.

En materia de libertad el capitalismo presenta tantas deficiencias que hasta resulta asombroso como sus apologistas presuman tanto de algo que no es real, que no existe, o peor aún, que se haya cometido tantos crímenes en su nombre.

En materia económica se nos habla de la libertad de elegir. Lo bueno del mercado, se nos dice, es que nos brinda la oportunidad de elegir aquellas mercancías que

queramos. Pero este postulado presupone que todos satisfacemos la condición que exigen las mercancías para ser adquiridas, esto es, que contemos con los medios monetarios necesarios y suficientes para pagarlas. Si esto no es así, la libertad de elegir no se puede realizar, se queda en una mera posibilidad. Y además nos empieza a revelar cómo es que funciona el capitalismo y sus libertades. Quien tiene más dinero tiene más libertad de elegir y quien no tiene dinero no tiene ninguna libertad de elegir. De manera que la libertad en el capitalismo no es para todos y a su vez admite grados de libertad: ninguna, alguna, poca o mucha libertad. Si nos atuviéramos solamente a la libertad de elegir en el mercado, podríamos sostener que el capitalismo es el reino de la libertad, pero de los ricos.

Además de lo antes dicho es necesario agregar que la presunta libertad de elegir no considera las manipulaciones de la conciencia que se efectúan mediante las marcas, las promociones y la publicidad. Cuando el consumidor se enfrenta a las mercancías, ya no lo hace buscando satisfacer una necesidad. Ya no quiere un par de zapatos, o una camisa, o un reloj, sino que quiere una determinada marca, aquella por la que sido seducido gracias a la publicidad e inducido a comprar. ¿Dónde está entonces la libertad de elegir?

Habría libertad de elegir los productos del trabajo, si éstos no revistieran la forma de mercancías, si fuesen tan sólo lo que en realidad son: objetos útiles, capaces de satisfacer necesidades. Y todos los seres humanos tuviéramos acceso a esos productos conforme a nuestras necesidades y no según nuestras capacidades monetarias. Pero esto no existe en el capitalismo.

La libertad de elegir está asociada a la libertad de ofrecer, a la libertad de competir, a eso que le llaman: libre competencia en el mercado. Tal libertad de competir no deja de ser ilusoria, en tanto que para hacerlo, también es preciso satisfacer ciertas condiciones, que se fundamentan en la capacidad económica de la empresa, cuales serían el volumen de la producción y la productividad, la red de circulación, las campañas publicitarias, las marcas, etc. ¿Qué capacidad de competir tendrán los MIPYMES fren-

te a las empresas transnacionales? Es obvio que ninguna.

Se dirá que no se ha entendido el postulado de la libre competencia, existe libertad de competir y por ello es que las reglas son iguales para todos. Pero esto nos lleva, al punto en el cual, se nos evidencia que la libre competencia es puramente formal, en tanto, supone que son iguales quienes realmente son desiguales. Lo cual nos pone de manifiesto, que las reglas están hechas desde y para los que cuentan con el poder económico. Y que la libertad de competir es para algunos empresarios, pero no para todos los empresarios.

Sería una total irracionalidad poner a competir un hombre común y corriente con el campeón mundial de boxeo; sin embargo, igual de irracional es poner a competir a las MIPYMES con las empresas transnacionales. No obstante, ello se hace. Y no sólo se hace sino que se nos busca convencer que ello es beneficioso para nuestro país. ¿O acaso no se acude al argumento del interés nacional para aprobar la ley de libre competencia o el tratado de libre comercio con los E.U.?

Para que los productores fueran libres no debía de existir competencia, sino cooperación, solidaridad, porque la individualidad se logra en la sociabilidad. Pero ello no es lo propio del capitalismo, sino que lo propio del capitalismo es el egoísmo y el individualismo, porque el capital y sus encarnaciones

los capitalistas, sólo piensan en sí mismos y en sus ansias de crecer y crecer, y no les importa nada, ni nadie. No quieren ser igual a nadie, sino superiores a todos, ese es su individualismo.

Y, a propósito de los tratados de libre comercio, cabe destacar que con los mismos se asegura el libre movimiento de los capitales y de las mercancías, pero no de los trabajadores. Nuevamente se revela que la libertad en el capitalismo no pasa de ser una gran farsa. O, en todo caso, la libertad en el capitalismo es una libertad discriminatoria o condicionada. Usted tiene libertad si es rico, si es poderoso económicamente hablando, porque el capitalismo es el reino de la libertad, pero de los capitalistas.

Se nos dice también que somos libres porque no somos esclavos, ni siervos y que precisamente por ello es que el trabajador puede libremente vender su fuerza de trabajo al empresario que necesite comprarla y a quien el trabajador desee venderla. No hay manera de que se le obligue a vender su fuerza de trabajo a un determinado empresario. A diferencia del esclavo que estaba sujeto a un determinado esclavista, o el siervo que estaba vinculado de por vida a un señor feudal, el trabajador en el capitalismo es un hombre libre y que además contrata con el patrono en plano de igualdad.

No obstante lo anterior, el trabajador no es libre de vender o no vender su fuerza de trabajo. Para

disfrutar de esta libertad debería de contar con medios de vida o de producción que le permitieran tener asegurada su existencia, pero la burguesía se aseguró precisamente de despojar a los trabajadores de los mismos, por lo que la libertad del trabajador se reduce a vender su fuerza de trabajo o morir de hambre. ¡Maravilla de libertad!

El trabajador como clase está sujeto a la burguesía, para poder vivir necesariamente tiene que vincularse con un empresario, su existencia depende de la burguesía, en consecuencia no es libre. Pero no sólo lo anterior es un límite a su libertad, ya que se podrá argumentar que la burguesía como clase depende también de los trabajadores, la diferencia radica en que si bien contratan en plano de igualdad jurídica, la libertad del trabajador termina en el momento mismo en que se inicia el contrato, ya que entonces quien domina, quien controla, quien manda es el burgués, el capitalista. Y la fuerza de trabajo del obrero ya no le pertenece, como tampoco el producto de su trabajo. Es más, ni siquiera controla el proceso de trabajo, no decide qué producir, mucho menos cómo producir. En muchas ocasiones debido a la división técnica del proceso de trabajo, ni siquiera tiene idea qué producto final está contribuyendo a producir.

Y, en tales circunstancias, ocurre que el trabajo, como característica eminentemente humana, pierde su capacidad realizadora y se

transforma en trabajo alienado. Con lo cual hay un proceso de deshumanización y alienación de la conciencia. En tales condiciones resulta un absurdo el hablar de libertad.

El trabajador en el capitalismo no disfruta de su trabajo, porque ya no es suyo. No le realiza, porque no satisface una necesidad interna de trabajar. Si trabaja, es porque se ve forzado a hacerlo para satisfacer necesidades ajenas a la necesidad interna de trabajar. El trabajo lo ve como un castigo, como un sacrificio, como una desgracia, cuando en realidad el trabajo es una característica específicamente humana, mediante la cual el ser humano transforma a la naturaleza y se transforma, se crea a sí mismo.

Y este trabajo deshumanizado, reduce las actividades humanas a las actividades propias de los animales: comer, dormir, reproducirse y transportarse. El capitalismo al negar, al impedir la libertad, nos está negando nuestra condición humana.

Para que el trabajo deje de ser alienado, para que la fuerza de trabajo deje de ser una mercancía, para no depender de otros hombres que nos oprimen y explotan, para que tengamos libertad, para que nos realicemos como humanos, deberíamos conformar asociaciones de hombres y mujeres libres que trabajemos con medios colectivos de producción y despleguemos nuestras fuerzas de trabajo con plena conciencia de lo que hicié-

ramos, cual era el ideal humanista de Marx.

El fin de la producción social es la satisfacción de necesidades humanas, pero en el capitalismo el fin de la producción es la valorización del capital, y la satisfacción de necesidades humanas tan sólo el medio que posibilita esa valorización. Es más, el capital busca generar necesidades artificiales, para vender más y así ganar más. Y como la productividad crece continuamente, en el paroxismo productivista se genera el consumismo, entre aquellos que cuentan con dinero para comprar, que viven prisioneros del mercado.

Si abandonamos el campo de lo económico y nos introducimos al de la política encontramos también la libertad de elegir, a diferencia de los monarcas, los gobernantes en los regímenes democráticos son electos libremente por los ciudadanos, con ciertas limitaciones para ordenar las cosas, por ejemplo, el que los candidatos tienen que ser postulados por un partido político. No obstante, para ejercer libremente el voto, no es necesario estar afiliado a ningún partido político, se es libre de afiliarse o no.

El problema con la libertad de elegir es que nuevamente nos aparece el poder económico como un factor que inclina la balanza a favor de quienes lo poseen y en esa medida limita la libertad de elegir. Los candidatos de derecha que cuentan con el apoyo económico

de la burguesía, cuentan con una cantidad ilimitada de recursos para hacer propaganda en los diferentes medios de comunicación, para que estos mismos medios de comunicación que pertenecen a la burguesía mantengan una posición sesgada en sus noticias y en sus editoriales a favor de los partidos de derecha y en contra de los partidos de izquierda. Cuentan también con recursos para contratar agitadores, para movilizarse, para regalar baratijas, comida e inclusive para comprar votos. Con lo cual, la libertad ciudadana es capturada y se le conduce a votar, no por el candidato que responde a sus intereses, sino por el candidato de sus opresores.

Siendo así la realidad, ocurre nuevamente que la libertad de elegir se reduce a que las reglas son iguales para todos, pero siendo que se trata de reglas iguales para instituciones desiguales, la libertad de elegir se queda en una simple formalidad, carente de realidad. Podría parecer hasta curiosa la identidad que existe en lo económico y en lo político en materia de elegir y de competir, pero que no nos extraña: el capitalismo es así y así funciona en todos los ámbitos.

Otras libertades muy valoradas por los partidarios del capitalismo son la libertad de pensamiento, de expresión y de prensa. A primera vista, se podría pensar que la libertad de pensar si es una libertad efectiva y real, en tanto que con el simple acto de pensar no se afecta la realidad y por consiguiente el

capitalismo sigue incólume; sin embargo, el pensar de manera diferente puede conducir a actuar de manera diferente y es por tal razón que se busca transmitir una ideología favorable al sistema, tarea que se realiza por medio del sistema educativo, a través de los diferentes medios de comunicación y con el auxilio de la religión.

En este proceso de alienación de la conciencia encontramos ya un límite a la libertad de pensamiento, pero su carácter meramente formal se nos revela cuando algunos integrantes del sistema educativo, de los medios de comunicación o religiosos particulares se preocupan por realizar una labor desalienadora y transmiten ideas contrarias al sistema, entonces inmediatamente experimentan las consecuencias de su actividad. Y para ello el sistema echa mano de presiones económicas, de advertencias, de amenazas, de represión, de desaparición, e inclusive, del asesinato. Nuestra historia reciente nos brinda evidencias de cómo educadores, periodistas y religiosos cayeron víctimas de la derecha por el hecho de pensar diferente y expresar ese pensamiento diferente. ¿Y la libertad, dónde está?

La libertad de pensamiento y de expresión es obvio que es, en el mejor de los casos, una libertad condicionada. Mientras no se cuestione el sistema, mientras no contribuya a que otros cuestionen el sistema, mientras no sea un peligro para el sistema, mientras se trate de

una minoría intrascendente, no hay problema.

Pero ocurre que la libertad en tanto que una realidad esencial del ser humano, se tiene de manera plena o no se tiene; la disfrutamos todos o no existe. Con respecto a la libertad de prensa, ocurre algo similar: la disfrutan los propietarios de

los medios de comunicación, esto es, la burguesía mediática, pero hay de aquel que se atreva a cuestionar el sistema, e incluso, al gobierno de turno de manera sistemática. Para percatarnos de esta realidad, baste con recordar los atentados a la YSAX, cuando era una emisora contestataria.

2. Esencia y existencia

Una modalidad esencial del ser humano es la libertad o el modo de ser de lo humano es ser libre por naturaleza, pero su existencia en el capitalismo se caracteriza por la carencia de libertad, como hemos venido mostrándolo. Y aunque ciertamente ello también ha ocurrido en los sistemas precapitalistas, el fundamento de esa carencia de libertad del ser humano en el capitalismo, obedece a causas propias del capitalismo.

Si analizamos la carencia de libertad desde el punto de vista del fetichismo de las mercancías, encontramos que los frutos del trabajo, al revestir la forma mercancías, asumen características que de suyo no poseen. Y de ser objetos pasan a ser sujetos, con lo cual las relaciones entre los sujetos se cosifican y las relaciones entre las cosas se personifican. Ahora bien, el fetichismo de las mercancías se extiende al dinero y al capital. Así, por ejemplo, el capitalista lo es en tanto personificación, encarnación

del capital y al ser así tiene que actuar conforme a la racionalidad del capital, cual es su valorización constante y creciente.

Ciertamente el capital domina sobre el trabajo, como el capitalista domina al trabajador, pero a su vez, el capitalista también es presa del capital, en tanto que éste le impone su lógica, su racionalidad. Si pretendiera el capitalista actuar con una lógica diferente, sucumbiría como capitalista. De manera que desde esta perspectiva tampoco los capitalistas son libres, con lo cual se reafirma una vez más la inexistencia de la libertad en el capitalismo.

De manera general podemos afirmar que somos cautivos de las mercancías, del dinero y del capital, lo cual conduce a que lo importante, lo trascendente no sea el ser, sino el tener. Lo cual es una concepción fetichizada de la vida: para sentirte bien, para ser alguien, tienes que tener cosas, mercancías o dinero. De lo contrario, te sentirás mal y no serás nadie.

De igual manera se puede analizar la carencia de libertad desde la perspectiva del trabajo alienado, el cual es el fundamento de la alienación de la conciencia. El trabajador en el capitalismo, al no poseer la propiedad de los medios de producción, se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, pero al hacerlo ya no tiene control sobre el proceso de trabajo, ni sobre los productos de su trabajo. Y el trabajo como actividad humana, se convierte en trabajo alienado. El trabajo como necesidad interna, consciente y libre, propia del ser humano se convierte en una necesidad externa, impuesta por fines exteriores, cual es la valorización del capital, con lo cual se pierde la potencialidad realizadora y liberadora del trabajo propio del ser humano. Siendo esto así, no puede haber libertad.

El fin de la producción social es esencialmente la satisfacción de las necesidades humanas, las cuales es necesario no confundirlas con las necesidades de los animales, pero en el capitalismo el fin de la producción social es la valorización del capital, y la satisfacción de las necesidades humanas se convierte en un medio, en un mal necesario, que posibilita alcanzar ese fin de valorización del capital. Por tal razón es que se busca generar necesidades artificiales, mediante la manipulación de la conciencia a través de la publicidad, proceso que desemboca en el consumismo irracional, ya no para satisfacer necesidades, sino para satisfacer la adicción consu-

mista, y para sentir una falsa realización en el tener cosas, en tener más y más mercancías.

Es obvio que todo ello se transforma en una alienación de la conciencia y de la libertad, y de pérdida de humanidad. El trabajador en el capitalismo reduce su actividad a aquellas actividades propias de los animales, cuales son el comer, el dormir, el reproducirse y el movilizarse, con lo cual lejos de humanizarse se animaliza.

Ahora bien, con lo anterior no pretendemos transmitir una idea fatalista, si bien es cierto que la actividad alienada produce una conciencia alienada, también se genera conciencia del estar alienados y de la necesidad de superar esa alineación. Es así es como surgen las visiones utópicas, es así como se crean los revolucionarios. Porque la naturaleza humana nos impulsa a buscar nuestra liberación.

También se puede analizar el problema de la libertad en el capitalismo ateniéndonos a las relaciones sociales de producción, las cuales ciertamente no corresponden a la sociabilidad propia del ser humano, sino que son relaciones de dominación del capital sobre el trabajo, de los capitalistas sobre los trabajadores, los cuales encuentran en la explotación del trabajador la fuente de su riqueza. Es obvio que, en tales circunstancias, no puede haber libertad. El trabajador no sólo se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, sino que cuando no logra

hacerlo, también se deshumaniza porque se ve frustrado al tener una capacidad potencial desperdiciada, porque el trabajar es una necesidad interna propia del ser humano, aunque en el capitalismo no sea fuente de realización personal.

Todos estos elementos hacen que el trabajo en el capitalismo se vea como un castigo, como un sacrificio, como un tormento y un martirio, lo cual se ve agravado por los miserables salarios, las interminables jornadas, los malos tratos, la precariedad laboral, las malas condiciones de trabajo, la inseguridad presente y futura. El trabajador en el capitalismo se ve impedido de pensar, sencillamente actúa como un autómatas, como un animal que responde a sus instintos, pero no a su reflexión. Así se le condiciona, así se le educa, así se le forma. Lo importante es que sepan aceptar órdenes, no pensar. Es por ello que cuando los trabajadores se organizan y toman conciencia de su realidad y buscan transformarla, se vuelven muy peligrosos y muy detestables para y por la burguesía.

Igualmente se revela la carencia de libertad cuando observamos con más detenimiento las relaciones políticas. La política obviamente hace referencia al poder y a las instituciones mediante las cuales se ejerce el poder político, pero este poder político tiene a su base el poder económico. Los ricos, los burgueses no tienen poder porque controlan el gobierno, sino que controlan el

gobierno y sus instituciones porque tienen poder económico. Todo lo cual se transforma en el medio para reproducir el sistema capitalista. En la medida que los trabajadores no tienen poder económico, ni control sobre las instituciones, para ellos las relaciones políticas se convierten en relaciones de opresión, de dominio y de control. En consecuencia, para los trabajadores no puede existir libertad política, pero a través de la organización pueden construir relaciones populares de poder, pero de esto nos ocuparemos más adelante.

Si vamos a observar las relaciones jurídicas, también encontramos la carencia de libertad, porque el sistema jurídico está fundamentado en una ficción, cual es considerar a todos los ciudadanos como iguales, ficción que no es menos absurda que aquella que consideraba a algunos seres humanos como esclavos, el problema surge del hecho de que al suponer esa igualdad se privilegia la desigualdad de los poderosos económicamente hablando, quienes pueden echar mano de sus recursos, para contratar abogados, expertos, testigos, pruebas, etc. ¿Y el pobre trabajador qué puede hacer, si, al no tener recursos, está indefenso? Los ricos, los muy ricos gozan de impunidad y disfrutan de su libertad, los pobres, los muy pobres son los que pierden su libertad. En el capitalismo existen derechos, el problema es que los pobres no los pueden ejercer, lo cual niega su libertad.

3. Conciencia y praxis

Resulta tan fácil, relativamente hablando, criticar al capitalismo, al punto que a veces caemos en la tentación de pensar de que basta con criticarlo para transformarlo. Sin embargo, pese a las muchas críticas que se le han formulado, el capitalismo con todas sus inmundicias y miseria humanas, sigue dominando nuestras vidas.

Otros piensan que la cuestión se resuelve conquistando el poder, poder que identifican con el gobierno y sus instituciones. Por tal razón, participan de la lucha electoral y discuten y se dividen, porque unos y otros difieren en sus formas de pensar cómo se pueden ganar las elecciones. Y dicen que no son diferencias ideológicas, sino de método, ya que según su visión ideológica, creen que bastaría con tomar el poder, esto es, controlar los órganos del Estado para transformar la sociedad, para reemplazar el capitalismo por otra forma de organización social, a la cual denominan socialismo como fase previa para avanzar hacia el comunismo.

Sin embargo, como ya lo decíamos, el poder de la burguesía para preservar el capitalismo no deriva del control de los órganos del Estado, sino que su poder económico es el que le posibilita controlar el Estado y preservar el capitalismo. Pero es bueno recordar que la burguesía no sólo controla el Estado, sino que controla los medios de comunicación, el sistema educativo

y las religiones, o cuando menos los coopta, los compra o los silencia. Y ello mismo ocurre con los intelectuales, como ya lo mostrábamos en un ensayo anterior.

Teniendo en cuenta lo anterior, debería de ser obvio, que la burguesía controla también nuestras conciencias y nos ha introyectado una serie de principios y valores que niegan la condición humana, pero que son parte de nuestro vivir, de nuestro sentir, de nuestras relaciones, de nuestras aspiraciones, de nuestros sueños, inclusive, de nuestro concepto de felicidad.

Tal realidad seguramente fue la que llevó a Marx a sostener: *el proletariado no sólo tiene que conquistar un mundo nuevo, sino que, además tiene que sucumbir él mismo para dejar sitio a los hombres dignos de un mundo nuevo.*

Pero, además, con respecto a las visiones socialdemócratas, que buscan cobrar vida es nuestro medio, bueno es hacer una larga cita de Holloway:

“A primera vista parecería obvio que lograr el control del estado es la clave para el advenimiento del cambio social. El Estado reclama ser soberano, ejercer el poder al interior de sus fronteras. Esto es central en la idea habitual de democracia: se elige un gobierno para que cumpla con la voluntad de las personas por medio del ejercicio del poder en el territo-

rio del Estado. Esta idea es la base de la afirmación socialdemócrata de que el cambio radical puede alcanzarse por medios constitucionales.

El argumento en contra de esta afirmación es que el punto de vista constitucional aísla al Estado de su contexto social: le atribuye una autonomía de acción que de hecho no tiene. En realidad, lo que el Estado hace está limitado y condicionado por el hecho de que existe sólo como un nodo en una red de relaciones sociales. Esta red de relaciones sociales se centra, de manera crucial, en la forma en la que el trabajo está organizado. El hecho de que el trabajo esté organizado sobre una base capitalista, significa que lo que el Estado hace y puede hacer está limitado y condicionado por la necesidad de mantener el sistema de organización social capitalista del que es parte. Concretamente, esto significa que cualquier gobierno que realice una acción significativa dirigida contra los intereses del capital encontrará como resultado una crisis económica y la huida del capital de territorio estatal.”²

Aunque Holloway se queda corto, en nuestros países, la burguesía no sólo sacaría su capital líquido, sino que además utilizaría recursos legales, movilizaciones callejeras, compra de diputados y como recurso de última instancia, ciertamente, no acudiría a la Corte Suprema de Justicia, sino a los militares, para que contando con el visto bueno de la Embajada, dieran un golpe de estado.

Pero bien, llegados a este punto, la pregunta obligada es cómo podemos contribuir a cambiar el sistema, lo cual tiene que ver con la conciencia y con la praxis. Ello, obviamente, no resulta nada fácil de responder. Sin embargo, intentaremos exponer unas cuantas ideas, las cuales parten de la tesis de construir relaciones populares de poder, tesis que entendemos como el hecho de crear en el seno de la sociedad burguesa los gérmenes de una nueva sociedad, lo que implica promover proyectos, iniciativas, esfuerzos alternativos en lo económico, en lo social, en lo político, en lo ideológico, e inclusive, en lo jurídico, que respondan a una nueva racionalidad económica, política y jurídica. Y con principios y valores opuestos a los capitalistas.

Ahora bien, sobre la base de toda esta estrategia, no está una visión utópica, en el mal sentido de la palabra, aunque si se tiene una visión utópica. La idea es que no partimos de una realidad inexistente, o que sólo tiene existencia en nuestra mente, ya existe en nuestro país y en otros muchos países experiencias de lo que se ha denominado economía solidaria, con distintos niveles de desarrollo, obviamente. Pero decíamos que tiene un contenido utópico, en cuanto imaginamos que la economía solidaria podría avanzar, desarrollarse, hasta conformar una sociedad solidaria que sea la negación de la sociedad capitalista. Pero para llegar a ella es preciso ir creando unidades económicas

solidarias, trabajando de manera solidaria, asumiendo los valores y los principios de la economía solidaria.

Antes de entrar a la estrategia es necesario señalar que la realidad económica presenta tres sectores: la economía estatal o pública, la economía capitalista y el sector de la economía del trabajo y es precisamente, este último sector el que se puede y debe convertir en el sujeto de la economía solidaria, en tanto

que su racionalidad económica es diferente a la capitalista.

El sector de la economía del trabajo está integrado por las cooperativas, por los campesinos, los microempresarios y los trabajadores por cuenta propia, además de los embriones de economía solidaria, que resultan muy importantes en tanto muestran la viabilidad de la economía solidaria.

NOTAS

1. Los dos primeros numerales de este ensayo están basados en la lectura inspiradora del libro *El problema de la libertad en el pensamiento de Marx*, de Ángel Prior Olmos, editado por Biblioteca Nueva, Universidad de Murcia, España, 2004, al cual tuve acceso gracias a la gentileza del buen amigo, Herman Feussier, quien nos lo pasó para que le diéramos una “mirada” durante un fin de semana.
2. John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, p. 30